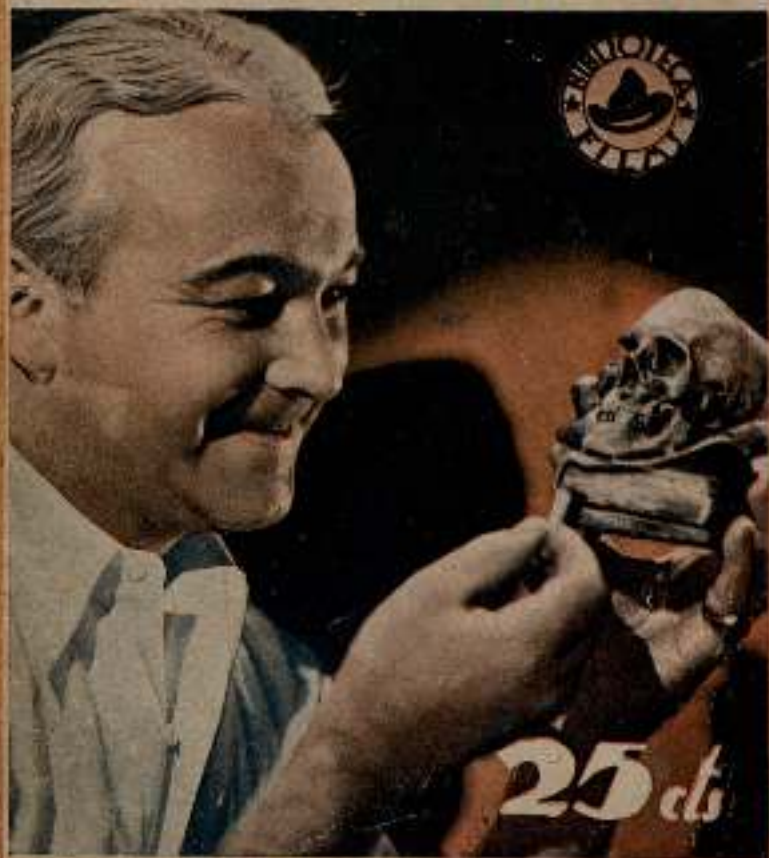


50 DOLARES
UNA VIDA
BILL BOY
DOROTHY WILLSON



INCE, Ralph

BIBLIOTECA FILMS

DIRECCIÓN PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Cívil, Española de Librería - Barbas, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NUM 540

Lucky Devil's, 1933

50 DÓLARES UNA VIDA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el popular actor

BILL BOYD

Narración de M. NIETO GALÁN

Producción R. K. O.

DISTRIBUCION

S. I. C. E.

Paseo de Gracia, 77 Barcelona

INTERPRETES

Spiker	BILL BOYD
Singer	W. Gargan
Mary	Dorothy Wilson

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

El simple espectador que atraído en una butaca, ve las películas, a veces se siente admirado por las proezas de algunos de los héroes y piensa en los peligros que ha tenido que correr tal o cual estrella para la realización de esas escenas peligrosas que ponen los nervios de punta. Pero lo que nadie piensa es que aquella estrella que gana una suma fantástica, cuando llega el momento de peligro se queda tranquilamente sentada esperando que su "doble", por la miseria de cincuenta dólares, exponga su vida un día y otro.

En Hollywood existen gentes que no tienen otra misión en los estudios que la de doblar estas escenas peligrosas. Son seres que a diario juegan con la muerte y que un día u otro pagan con su vida el temerario trabajo que realizan.

Entre los que formaban el grupo de los "arriesgavidas" en el estudio de Kraten, se hallaba un tal Spiker, muchacho fuerte, como

casi todos los que se dedican a esta labor, pero que además de su fortaleza tenía un alma de niño y un optimismo que siempre le hacía estar riendo. Era el más querido de todos sus compañeros y siempre que a cualquiera de estos se le encomendaba un trabajo en unión de Spiker, se sentía confiado pensando que con tal compañero no había peligro alguno.

Todos se reunían en un restaurant que había frente al estudio y allí comían y cenaban, apartado de los artistas cuyos nombres eran los que figuraban en los grandes carteles.

Spiker vivía con un íntimo amigo suyo y compañero, un tal Slinger, muchacho que como él, reunía todas las cualidades para hacerse simpático y que en verdad lo era. Hacía tiempo que trabajaba en los "dobles" y jamás le había sucedido un accidente, si bien se supo guardar mucho de trabajar cuando por casualidad se le había roto una botella, cuando se le había derramado la sal, o cuando había sucedido cualquier otro incidente, que su superstición le indicaba que podía ocurrirle alguna desgracia.

Ellos habían formado su grupo y tan unidos estaban que, para entrar en aquel estudio a trabajar, en concepto de "arriesgavidas", tenía que ser con el consentimiento de ellos.

Una noche estaban celebrando el casamiento de Slinger, uno de los que hasta entonces había formado parte del grupo y que se separaba de ellos, para contraer matrimonio. Que-

daba un lugar libre en el grupo y Gaby, uno de los que continuamente merodeaban por los estudios le dijo a Spiker:

—¿Por qué no me admites a mí en el grupo?... Ahora hay un puesto libre.

—¿Estás decidido a romperle la cabeza?

—Completamente decidido—respondió Gaby.

Pues si lo estás—terminó diciéndole Spiker—. Vámonos al restaurant. El último que llegue paga esta noche.

Y como chiquillos alcados echaron a correr hacia el restaurant para no cargar con la cuenta de aquella noche.

Spiker se apoderó de una compañera y con ella en los brazos consiguió que ninguno de los dos fuesen los últimos.

Una vez allí dentro, encontraron a otros compañeros y entre los que ya estaban en el restaurant estaba también Dorothy Suling, los que se casaban aquella noche.

Spiker los miró riendo y le dijo a él:

—Ya no podrás hacer más de "doble", Suling... Los casados no son para este trabajo.

El que se casaba aquella noche ante las risas de sus antiguos compañeros, exclamó:

—No gritéis tan alto, que todavía mañana tengo que trabajar.

—No, Suling—le suplicó su novia—. Piensa que mañana ya estamos casados y que podría ocurrirte alguna desgracia.

—¿Por qué me ha de ocurrir mañana, lo



— Los casados no sirven para este trabajo.

que hasta ahora no me ha ocurrido?—preguntó él, sin ser partícipe del temor de su novia.

—Dory lleva razón—le dijo Spiker—. Cuando se está casado el pensamiento de la mujer impide tener el arrojo, que cuando se está soltero y se sabe que no se expone más que la vida de uno, porque nuestra muerte no lleva tras de sí ninguna desgracia.

Suling se reía mientras abría una botella,

pero al ir a descorcharla tuvo la mala suerte de que aquélla se le escurriera de la mano y se hiciese añicos contra el suelo.

Los "dobles" al ver una botella rota, cesaron en su loca alegría y una profunda tristeza embargó a todos. El romperse una botella era presagio de una muerte y, casi todos los que estaban allí al día siguiente tenían que correr serios peligros.

Suling fué el primero que se rehizo y gritó nerviosamente:

—Pensáis todos en lo mismo... ¿Por qué ha de morir nadie porque se rompa una botella? ¿Acaso no se rompen millares al cabo del día?... Yo os demostraré que eso de que se rompa una botella es una superstición tonta. Mañana trabajaré y haré el "doble", como si no hubiera pasado nada.

Su novia se abrazó a él temerosamente y le suplicó:

—No hagas eso... Piensa que puede ocurrirte algo grave.

—No seas niña, Dory... ¿no comprendes que todas esas cosas son chifladuras?

V mientras ellos discutían alegremente, si eran o no tonterías las supersticiones que tenían, en otro lado del restaurant una joven pugna por reprimir el llanto que la ahogaba. Tendría unos veinte años y era bellísima, aun cuando la pobreza de sus vestidos disminuía en algo sus facciones de una perfección extraor-

dinaria. Acabó de tomar una taza de café, que había sido su cena y pagó al camarero con la última moneda que le quedaba por otro capital.

En aquel momento fué cuando Spiker se dió cuenta de su presencia y llamó la atención a su amigo Suling, diciéndole:

Fíjate que mujer hay allí... ¿Vamos a invitarla a nuestra reunión?

Vamos — respondió el otro alegremente —. Va verás lo que tardo en conquistarla.

Se dirigieron hacia la mesa donde estaba la muchacha y Spiker que se sentó al lado de ella le preguntó:

—¿Sola?

—Sí — respondió ella, sin volver la vista hacia su interrogador.

—¿Por qué no viene a nuestra reunión?... Allí por lo menos hay un poco de alegría.

—No puedo — respondió ella —. Tengo una cita muy importante.

—¿Una cita? — exclamó, Suling — Eso es casi darnos calabazas. ¿V quién es nuestro rival?

—Es un desconocido, pero no faltaré a la cita.

Sus palabras eran tan decisivas, que ninguno de los dos jóvenes se atrevieron a insistir. La muchacha, cuando vió que cesaban en su perfoia se levantó de su asiento y salió a un balcón que había enfrente de su mesa. Miró ha-



— Piensa que mañana estaremos casados.

cia abajo y las personas que pasaban parecían simples muñecos. Se hallaba a una altura de un catorce piso y una caída desde allí tenía que ser mortal de necesidad. En la palidez que se advertía en su semblante, se adivinaba el estado de aquella pobre muchacha, cuya vista no se apartaba del espacio. Dejo escapar un sollozo y se llevó las manos a los ojos, como para apartar de ella la terrible visión que se le aparecía.

Mientras tanto Spiker le dijo a su amigo:

—¿Y si entráramos para conocer a nuestro rival? A lo mejor es uno de los nuestros. Y sin pensarlo más, fueron hacia el balcón, en el mismo instante en que la muchacha se encaramaba en su balaustrada para arrojarla a la calle. Fue un instante de extraordinaria precisión, puesto que Spiker aun tuvo tiempo de alcanzarla por los brazos, cuando ya ella se había arrojado. Entre él y su amigo la tuvieron sentar en un peldaño del mismo balcón y Spiker le dijo riendo:

—No haga usted la prueba de tirarse desde aquí sin un paracaídas... ¿No ve usted que es un salto demasiado grande?... ¿Por qué quería usted hacer eso?

—Porque no tengo más remedio — respondió ella —. No tengo un céntimo.

—¿Y porque no tiene dinero piensa suicidarse? — exclamó Singer —. Eso es una tontería. Si por eso fuese tendría que suicidarme muy a menudo.

—Es que he buscado trabajo por todas partes y no he encontrado... He recorrido todos los estudios buscando algún empleo y en ninguno me han admitido.

—Pero esa no es razón — le dijo Spiker —. Ahora que ya está algo más tranquila, dígame cual es su casa y la llevaremos a ella.

—¿Mi casa? — preguntó con tristeza la mu-

chacha —. Yo ya no tengo casa, no tengo donde pasar las noches.

—Pues entonces — exclamó Sanger — vivirá usted con nosotros hasta que encuentre empleo... Ya verá qué bien lo pasaremos.

Pida hoy mismo el espléndido

CATALOGO ILUSTRADO

de las inimitables

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

a EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

SEGUNDA PARTE

Una hora después, los tres jóvenes se hallaban en la casa en que vivían los dos amigos y tanto Spiker como su amigo hacían lo imposible por alegrar a la muchacha y levantar su ánimo.

Esta, gracias a la conversación de los dos jóvenes, a la cena que ellos mismos le habían preparado, se sentía más optimista y hasta sonrió, diciéndoles:

—¡Qué buenos son ustedes!

—No lo crea — respondió Spiker —. Aquí, el único que hay bueno soy yo, éste, es un fresco de marca mayor.

—No le haga usted caso — respondió a su vez Sanger —. Este sí que es una ventolera. No hay mujer a quien no le haga el amor, pero con ninguna se casa.

—¿Por qué? — preguntó la muchacha extrañada.

—Porque los que nos dedicamos a dobles, no podemos casarnos — respondió Spiker —. Las mujeres traen consigo preocupaciones y para



—¿Por que no tiene dinero piensa suicidarse?

realizar nuestros ejercicios hay que estar completamente serenos.

—¿Tienen entonces influencias en los estudios? —preguntó Mary, que así se llamaba la joven.

—Muchas —respondió Spiker con cierto orgullo fingido—. Bastara que uno de nosotros la recomiende para que... no le den trabajo.

Se echaron a reír de la salida de Spiker, y

como la joven había terminado ya de cenar, le dijo:

—Ahora debe usted descansar. El mismo Sanger le ofrece a usted su pijama para que se cambie de ropa.

El otro, al ver que su amigo disponía de su ropa como si fuera suya, quiso vengarse y le dijo:

—Dice bien, Spiker. Yo le dejaré un pijama y usted podrá dormir tranquilamente en la cama de él... Por Spiker no se apure; está acostumbrado a dormir en este sofá. Tiene los huesos bien duros y no le molesta.

—¡No, por Dios! —exclamó oponiéndose la muchacha—. Yo no quiero que por mí estén incómodos... Dormiré en este sofá, yo.

Spiker, que ante todo era galante, se opuso a ello y le dijo:

—Haga usted caso de lo que dicen. Váyase a dormir a mi cama y no esté intranquila; los dos somos buenos muchachos.

Mary sonrió ante la amistad que le demostraban y sin denotar la menor intranquilidad entró en la habitación donde estaba la cama de Spiker, se puso el pijama y se durmió profundamente.

Al día siguiente en los estudios tenía que impresionarse una escena de gangsters para la cual hacía falta los "dobles". El marido de Dory tenía que "doblar" el personaje de un gangster que huía de la policía y derribar una

farola que había colocada en el estudio de forma que al caer rompiera un cristal que representaba un escaparate. La operación era algo difícil, puesto que si el coche no tomaba bien la vuelta podía estrellarse contra aquel escaparate y todo el montaje de la casa que solamente estaba superpuesto caería sobre el conductor.

El director de la cinta se acercó a Suling y le dijo:

—¿Está usted enterado de lo que tiene que hacer?

—Sí, señor —respondió el otro, en cuyo semblante se advertía una gran nerviosidad, tanto por el hecho de que la noche anterior se le hubiera roto una botella, como por la preocupación de que si le sucedía algo, su mujer quedaría desamparada. El director sin advertirlo siguió diciéndole:

—Tenga usted cuidado y toque solamente la farola, de otra forma puede costarle la vida.

—Descuide usted —respondió Suling.

Spiker andaba por allí vestido de policía, pues era el que tenía que perseguir al fingido gangster y vio llegar a Mary, que se acercó a él y le preguntó:

—¿Por qué se ha despedido de mí esta mañana?

—Porque tenía mucho trabajo —le respondió el joven, quien empezaba ya a sentir la influencia de Mary en su vida.

—Lo que me parece —exclamó ella— es que usted me huye... ¿Por qué?

—Por nada —le dijo Spiker—. Ya le dije antes que los "dobles" no debemos casarnos.

Y al ver que entraba en el estudio la mujer de Suling, sabió a su encuentro y la detuvo, diciéndole:

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque temo que le ocurra alguna desgracia a mi marido... Es el último día que trabaja en este oficio y quiero estar al lado de él.

—No seas niña, Dory —le dijo Spiker—. ¿No ves que si él sabe que estás aquí se pondrá nervioso y puede ocurrir alguna desgracia? Hazme caso, vete a tu casa y no te preocupes, hoy no doblamos nada peligroso.

Dory se convenció al fin ante los razonamientos de su amigo, y Spiker fué a ocupar su sitio en el auto para perseguir a Suling.

Este se hallaba en el volante y sus ojos no se apartaban del sitio donde estaba la farola. Recordaba las palabras del director de que cualquier descuido podía costarle la muerte y pensaba al mismo tiempo en Dory.

Por fin el director dió orden de rodar la escena, las máquinas comenzaron a funcionar y el coche en el que iba Suling se puso en marcha. Apretó el acelerador y de pronto sin saber cómo, ni de qué manera se vió la farola

que se le venía encima. En su nerviosidad, en vez de desviar el coche apretó aun más el acelerador y fué a estrellarse contra el escaparate, cayéndola sobre él todo aquel edificio de madera, que tan solamente estaba apuntalado. Cuando lo extrajeron de allí y por muy pronto que quisieron llevárselo a la clínica, el infeliz Suling había muerto antes de salir del estudio.

Aquel accidente dió lugar a que se suspendiese la filmación hasta el día siguiente y cuando Spiker y Sunger llegaron a su casa, se adivinaba en sus rostros la tristeza que los embargaba.

—¿Ha sucedido algo grave — preguntó Mary.

—Suling ha muerto en un accidente — respondió pausadamente Spiker.

—¿Y por qué no dejan ese trabajo? — preguntó angustiosamente Mary — ¿Acaso tienen derecho a jugarse todos los días la vida para ganar cinco dólares?

—No hay más remedio — respondió Spiker. —Nosotros ya no sabemos hacer otra cosa. Hay que seguir viviendo de esta manera, sea como sea.

Pasaron varios días, durante los cuales el afecto que Mary sintió desde un principio se había ido convirtiendo en amor, mientras que por Sunger sentía verdadero cariño de hermana.

Todos los días cuando salían los dos amigos al estudio, Mary quedaba con el corazón preso de la más terrible angustia. Temía el momento de que lo trajesen muerto o mal herido a alguno de los dos.

Precisamente uno de aquellos días tenía que rodarse una escena de bastante peligro. Se trataba de una lucha entre un policía y un ladrón, lucha que se desarrollaba a una altura de un quinto piso. El ladrón vencía al policía y se arrojaba desde aquella altura a un coche que pasaba por la calle, tiraba fuera al conductor y huía con el vehículo.

El director eligió para la escena a los dos amigos Spiker y Sunger. Tenía plena confianza en ellos y sabía que cuando actuaban juntos casi podía darse por descontado que no ocurriría ningún accidente.

En efecto la lucha se desarrolló admirablemente y cuando llegó el instante Spiker se arrojó desde aquella altura cayendo dentro del coche, echó afuera al conductor y se dirigió con el coche fuera del estudio. Antes de salir de él vió a Mary que llegaba y la cogió por un brazo y la subió al vehículo continuando la marcha hasta que la muchacha le preguntó:

—¿Dónde me lleva usted?

—A dar un pasco por el campo... ¿No le gusta pasear en un coche como éste?

—Claro que sí — respondió ella sonriendo —.

Me gusta pasear y cuando la compañía es agradable, mucho más.

Y sucedió lo que tenía que suceder, que aquella misma tarde los dos jóvenes, no pudieron callar por más tiempo el sentimiento amoroso que los unía y decidieron casarse.

BIBLIOTECA FILMS

la más escogida colección de
asuntos del Oeste Americano
y de emoción.

TERCERA PARTE

Los primeros días de la boda, la luna de miel, mejor dicho fué algo que Mary no hubiera podido soñar. Era inmensamente feliz con aquel hombre que tanto cariño le demostraba y a quien ella adoraba también. Al día siguiente de casado salieron de viaje y durante quince días visitaron los sitios más típicos, hasta que nuevamente hubo que pensar en volver otra vez a Hollywood y seguir ganándose la vida.

Cuando regresaron a su casa, a la misma casa donde habían vivido de solteros y que Senger les había dejado para ellos, todos los compañeros fueron a saludarles y Spiker les dijo:

—Os voy a decir algo que tal vez os cause pena. Desde que me casé resolví no volver más a trabajar de "doble".

—¿Qué lástima!— respondió Senger.

—¿Lástima? ¿Por qué?— preguntó Spiker.

—Porque yo venía precisamente a buscarte.

Hay que hacer una escena, que hoy ha costado la vida a uno de los nuestros y ofrecen por ella mil dólares.

—¿Mil dólares?—preguntó Spiker—. ¿Estás seguro que ofrecen mil dólares? ¿Y de qué se trata?

—La escena representa un incendio—le dijo Senger—. Tú tendrás que hacer de salvador mío y cuando ya las dos casas estén ardiendo, te arrojas con una maleta y me salvas.

—Pues dile al director que estoy dispuesto a ello.

Mary se acercó a su marido abrazándolo para que no aceptase, pero él la miró fijamente y le dijo:

—Acuérdate que me has dicho que nunca tendrías miedo.

—Es verdad—respondió Mary, haciendo un esfuerzo para dominarse—. No tengo miedo porque tengo confianza en ti.

—Así me gusta—exclamó Spiker abrazándola—. Hay que olvidar esa superstición de que los "dobles" no pueden estar casados.

Al día siguiente, momentos antes de ir al estudio Spiker tomaba el almuerzo solo, mientras que Mary encerrada en su cuarto lloraba amargamente. Temía por la vida de su marido, pero no por la soledad en que ella pudiera quedar, sino por lo que a él le pudiera suceder. Se había metido en su cuarto para poder llo-



—Me has dicho que no tendrías miedo.

rar sin que él lo viese, hasta que Spiker la llamó diciéndole:

—¿Dónde está mi gorra?

Mary se sacó rápidamente los ojos, se empolvó el rostro para que no se advirtiera que había llorado y salió con la gorra.

Spiker fué a ponérsela y al levantar el brazo, sin saber como, arrojó una botella del aparador al suelo. Los dos esposos se quedaron

mirando angustiosamente, hasta que Spiker lanzó una carcajada y exclamó:

—Ya es hora de que se rompa esta tradición. Es absurdo creer que porque se rompa una botella ha de haber una muerte.

Cogió a su mujer, se la llevó a la cocina y cogiendo una botella se la entregó diciéndole:

—Tómala, rompela, para que vean que a nosotros no nos asusta esas tonterías.

Y Mary haciendo un esfuerzo rompió la botella en el lavadero, mientras sonreía tristemente, pensando en lo que podría suceder.

Va iba a salir Spiker cuando entró Dory y al ver a su amigo que se marchaba le preguntó:

—¿Es verdad que tú haces la escena que costó la vida a Harry?

—Sí—respondió Spiker—. Harry estaba nervioso y tuvo miedo de lanzarse, pero yo no lo tendré. Tengo confianza en mí.

—No debes hacerla—le dijo angustiosamente Dory.

Y dirigiéndose a Mary, le dijo:

—No le dejes. Esa escena es muy peligrosa, por algo pagan mil dólares.

—No la convencerás—exclamó Spiker—. Mary y yo hemos convenido en no tener miedo.

Y sin esperar a más, salió de su casa y se dirigió al estudio, donde estaba ya todo preparado para empezar a filmar la referida escena.

El director les dio las instrucciones necesarias a cada uno y Singer, le dijo a su amigo:

—Cuando yo me lleve la mano al cuello tirate enseguida por mí, si no estoy perdido.

Mary instada por su amiga salió tras de su esposo y cuando llegó al estudio ya habían prendido fuego a la casa, en cuyo terrado se hallaba Singer. En otra casa de enfrente se hallaba Spiker, sujeto a una maroma, con la cual tenía que lanzarse al espacio y apoderarse de Singer para librarlo de las llamas. Los movimientos tenían que ser matemáticos porque de lo contrario la vida de Singer corría peligro.

Spiker, a pesar de la serenidad que siempre había demostrado, se hallaba algo nervioso, y esta nerviosidad aumentó al ver llegar a su mujer. Con la vista fija en ella no se fijó en que su amigo le hacía la seña para que se lanzase a recogerlo y cuando quiso hacerlo ya era tarde. El edificio sobre el que se hallaba Singer se desplomó envuelto en llamas y Singer cayó a su interior que era una inmensa hoguera.

Inmediatamente las mangas de incendios que estaban preparadas empezaron a arrojar agua sobre las llamas y gracias a la prontitud con que se organizó el salvamento, Singer sufrió tan solamente quemaduras, pero pudo librarse de la muerte.

CUARTA PARTE

Desde aquel día Spiker comprendió que no podía continuar trabajando de "doble" y decidió buscar otro empleo. Corrió toda la ciudad de una a otra parte, intentó trabajar de lo que fuese, pero nada consiguió con su afán. Parecía como si en el mundo no hubiese más trabajo que el de dobles y que era precisamente del que él huía.

Para que la situación resultase más grave, Mary estaba a punto de tener un hijo. Hacía falta dinero para atenderla y Spiker se encontraba con que no tenía nada con qué poder contar. El hubiera deseado que su esposa fuese a una clínica donde estuviese bien atendida, pero aquello significaba un desembolso de quinientos dólares, que por ninguna parte podía conseguirlos.

Fué en busca de Sunger, en la seguridad de que éste se los prestaría si los tenía, y sus esperanzas quedaron fallidas al decirle su compañero que el día anterior había fugado y le habían ganado hasta el último céntimo.

—Espera unos días y podré dártelos — le dijo Sunger.

—No puedo — respondió Spiker —. Ese dinero es para llevar a Mary a una clínica. Tendrá que ser asistida en casa.

Y con el alma dolorida por su falta de recursos le dijo a su esposa:

Mary, he buscado por todas partes y no encuentro el dinero que hace falta para que vayas a la clínica.

—¿Y para qué he de ir a una clínica? — preguntó ella sonriendo —. ¿Crees que el doctor que me asiste no es lo mismo?

—¿Tú estás conforme? — preguntó acariciándola Spiker.

—Bien sabes que yo me conformo con todo, toato — le respondió nerviosamente ella.

Spiker le cogió la cabeza entre sus manos y mirándola fijamente a los ojos le dijo admirado:

—¿Qué buena eres, Mary!

En aquel instante entró el doctor y Spiker corrió a hablarle diciéndole:

—¿Cree usted que corre algún peligro la vida de mi mujer?

—Hombre, yo no lo creo — respondió el facultativo —, aunque dar a luz no es tampoco una cosa que puede tomarse a broma. Con tal de que esté bien cuidada.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó Spiker.

—Pues, que no le falte de nada. Que tenga

todo lo que necesita, en alimentos, medicinas, en fin, todo lo preciso para estos casos.

—¿Cree usted que no es necesario llevarla a una clínica?

—No lo creo preciso. Aquí puede venir una enfermera y asistirle.

—¿Qué cuesta eso? —preguntó tímidamente Spiker.

—Pues unos diez dólares diarios, en total.

Spiker calló durante unos segundos y al final le dijo:

—Doctor yo no tengo ese dinero, pero hoy mismo encontraré trabajo, sea de lo que sea. Usted cuide a mi mujer que yo le doy mi palabra de que le pagaré.

Se fué directamente al restaurant donde sabía que estaba el ayudante del director y llamó al encargado desde la puerta, diciéndole:

—No digas a nadie que estoy aquí, y llama al ayudante.

El encargado cumplió la orden y salió el ayudante que al verlo le dijo:

—¿Caramba, Spiker no se te vé por ningún sitio... ¿Qué es de tu vida?

—Mal —respondió Spiker—. Vengo a qué me des trabajo.

—¿Trabajo?... Imposible. El director no quiere nada contigo, desde que sucedió aquello.

—Es que ahora no es lo mismo. Necesito ganar dinero para atender a mi mujer que va a dar a luz.

—Pues yo lo único que puedo ofrecerte es que vengas como obrero al campo. Vamos a impresionar un accidente en las cataratas... Si quieres tienes un empleo.

—Hecho —respondió Spiker—. ¿Cuándo hay que salir?

—Dentro de dos horas.

—Pues voy a despedirme de mi mujer y en seguida estaré aquí, para marchar.

En efecto, antes del tiempo que podía calcularse, Spiker se hallaba ya esperando órdenes y toda la compañía emprendió el camino hacia las cataratas, en las que habían de impresionar un accidente.

Ninguna escena se había presentado tan difícil como aquella. El agua al caer desde una altura de veinte metros tornaba un ruido infernal y el director del film le dijo a su ayudante:

—Busque a un doble que quiera arrojarse, con un bote desde lo alto. Ofrezca-le hasta mil dólares.

El ayudante, mientras que el director se iba a la parte baja de las cataratas para impresionar la escena, procuró convencer a los dobles diciéndoles:

—El director ofrece mil dólares al que quiera arrojarse desde ahí en un bote.

Los "dobles" miraron las aguas que caían imponentes desde aquella altura, y respondieron:

—Dígale al director que por todo el dinero del mundo no nos lanzamos. No tenemos quién nos herede.

—Daré mil quinientos — ofreció el ayudante.

—Aunque de cinco mil — volvieron a responderle.

El ayudante convencido de que no habría medio de hacer que ningún doble realizara aquella escena fué en busca del director y le dijo:

—No hay forma de convencerlos. Nadie quiere exponerse a una muerte segura.

Mas Spiker, que acababa de recibir un telegrama dándole cuenta de que su mujer se hallaba grave, corrió a donde estaba el director, y le dijo:

—¿Es cierto que ofrece usted mil quinientos dólares al que haga la escena?

—Sí — respondió el director — pero usted no me sirve. Tiene demasiado miedo.

Pues yo le demostraré que no. Tengo necesidad de ese dinero. Si me paga por adelantado, realizo la escena.

El director terminó firmándole el cheque y Spiker llamó a Sunger que se hallaba entre ellos y le dijo:

—Toma este cheque. Si no salgo de ese infierno corre a mi casa y entrégaselo a mi mujer. Es cuestión de vida o muerte.

Y sin esperar más, se metió dentro del bote y dirigió la barquilla hasta donde estaban las cataratas. Cuantos se hallaban en el campamento

seguián angustiosamente la escena. No había uno que no estuviera convencido de que Spiker moriría, y el terror se reflejaba en todos.

Spiker, entre tanto, guiaba con mano firme el bote hasta el instante en que un remolino de agua lo arrastró y lo despenó a las profundidades de las cataratas.

Durante unos minutos nadie lo vió, su cuerpo había desaparecido entre los remolinos del agua y su muerte se dió por segura. Mas de pronto se vió un bulto que aparecía a distancia y que braccaba para ganar la orilla. Los mismos "dobles" que se hallaban allí se apresuraron a arrojarle cuerdas hasta que pudo asirse a una de ellas y salir de allí.

Había vencido como nunca a la muerte, y sin querer recibir felicitaciones de nadie, le dijo a Sunger:

—Acompáñame, tengo que estar en casa sin perder tiempo.

Y como un loco se lanzó a una carrera desenfrenada hacia Hollywood.

Sunger, acostumbrado a velocidades fantásticas, llegó incluso a tener miedo y le dijo:

—Como tropecemos con una piedrecilla, vamos a volar más que Lindberg.

Skipér no contestó, sino que empuñando el volante le parecía que el coche aún no corría todo lo que él deseaba.

Llevaban corridos unos cuantos kilómetros, cuando los policías de carretera los sorprendie-



Era lamenso el cariño que los dos se tenían

ron y echaron tras ellos para detenerlos, por exceso de velocidad.

Pero el detenerlos resultaba algo difícil, hasta que al dar una vuelta, el coche perdió estabilidad y se precipitó por un terraplén. Afortunadamente no ocurrió ninguna novedad a sus ocupantes y Spiker, que oyó el ruido de la moto de policía, le dijo a su amigo:

—Entreténlo tú, mientras yo me apodero de la moto. Dame el cheque.

El otro le entregó el cheque y se fue en busca del policía que al ver el auto volcado, le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi amigo está debajo del coche. Venga a prestarme auxilio.

El policía cayó en la trampa y bajó a donde estaba el coche, mientras que Spiker subía por otro lado, se apoderaba de la moto, y emprendía otra vez la marcha hacia su casa.

Al llegar a ella entró rápidamente a la habitación de su mujer, que se hallaba en cama, y le dijo:

—No te amires, Mary. Ya tengo el dinero para que vayas a la clínica.

Ella sonrió bondadosamente y le dijo:

—No chilles de esa manera... ¿No ves que lo puedes despertar?

—¿A quién? preguntó Spiker mirando por todas partes.

Su esposa, por toda contestación, levantó el embozo de la cama y le mostró un precioso recién nacido, diciéndole:

—Ya pasó todo peligro.

Spiker se abrazó a ella y sus bocas se unieron en un beso tan grande, como inmenso era el cariño que los dos se tenían.

FIN

CANCIONERO

||||| NUEVA EPOCA |||||

Carmelita Aubert
Carlos Gardel
Imperio Argentina
Margarita Carbajal
Estrellita Castro
Reyes Castizo La Yankés
Trini Moren

Elsie Bayron
Niño de Marchena
José Mojica
Eduardo Brito
Magaldi - Noda
Irusta-Figazol-Bamang

30 céntimos el tomo.

ADQUIERA HOY MISMO ALMANAQUE 1934

dedicado a los célebres artistas

Imperio Argentina - Celia Gámez
Carlos Gardel
Azucena Maizani - Libertad Lamarque

Precio: UNA peseta

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona

Sevimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-80 céntimos

AVE DEL PARAISO	Delores del Río.
BOMBAS EN MONTECARLO	Katho de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Haid.
LA INSACIABLE	Capole Lombard.
EL VENCEDOR	Jean Mural.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joul Mac Cres.
KSTUPEFACIENTES	Jean Morat.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER DESNUDA	Florella.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Francell.
VIRRONICA (La florista)	Franziska Gaal.
LUCE DEL BOSFORO	Gustav Froelich.
PAPRIKA (Granito de sal)	Franziska Gaal.
ESPÍAS EN ACCION	Brigitte Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIDELINGGOS	Paul Richter.
HOY O NUNCA	Itan Klepura.

— PEDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos para
el certificado. Franqueo gratis.